— Escúchame, fulano y zutano, dijo llamándoles á cada uno por su nombre.

Mirad cómo me he portado con vosotros; os he enriquecido y protegido mientras he estado libre; preso ya, me han hecho sufrir un doloroso tormento sin querer declarar nada, conforme al juramento que teníamos hecho. Por último, he subido al cadalso confiado en vuestras promesas; vosotros, por el contrario, considerad cómo habéis obrado conmigo. Uno de vosotros me ha vendido; os escondisteis cuando me prendieron, y en el día de mi suplicio me abandonasteis. En revancha os he delatado y estamos en paz.

Por lo que hace á los demás, que materialmente no ha estado en su mano socorrerme, los perdono y no los delato. Estoy seguro que harto me vengarán ellos.

Por ser ya muy tarde volvieron á llevar á Cartouche á la cárcel, suspendiendo la ejecución hasta el día siguiente.

Llegado éste, fué hecho pedazos vivo, con once golpes de maza de hierro. Entonces, uno de los arqueros, en lugar de dejarle padecer en la rueda según lo prevenía la sentencia, se corrió por debajo del patíbulo, y pasando la mano por entre los huecos de las tablas, asió la cuerda que sujetaba el pescuezo del paciente, tiró y lo ahogó.

Éste fué el importante suceso que terminó con el año de 1721.

CAPÍTULO XV

Cambio de las princesas. — Los confesores. — Entrada del cardenal de Rohán y de Dubois en el consejo. — Retiro de Aguesseau. — El rey deja á París para ir á Versalles. — Dubois y el mariscal de Villeroy. — Arresto de éste. — Fuga y regreso del obispo de Frejus. — Dubois académico. — Muerte de Malborough. — Consagración del rey. — Muerte de la princesa Palatina. — Su epitafio. — Temblor de tierra en Portugal.

El año 1722 se inauguró con el cambio de las princesas, esposas futuras del rey y del príncipe de Asturias, verificado en la isla de los Faisanes, situada en medio del río Bidasoa, que divide los dos reinos.

En esta misma isla se celebraron, en 1659, las conferencias entre el cardenal Mazarino y don Luis de Haro, primer ministro que era cada uno de ellos de Francia y España, los cuales decidieron la paz de los Pirineos y el casamiento de Luis XIV con la infanta María Teresa.

Dicho cambio tuvo lugar el 9 de enero, poniéndose en camino el mismo día Mad. de Montpensier para Madrid, y la infanta hacia París, donde, á su llegada, el señor duque de Osuna fué nombrado caballero del Espíritu Santo, recibiendo Saint-Simón, por mano de Felipe V, dos toisones, el uno para él, y el otro para el mayor de sus hijos, y dos títulos de grandes de España para él y para uno de sus hijos á su elección.

Por entonces ocurrió un lance de la mayor entidad en la corte.

El padre Aubantón, confesor del rey Felipe V, no solo obtuvo de su penitente que había de tener la infanta un confesor jesuíta (no hemos olvidado que ésta no tenía más que tres años), sino que también le autorizó para que pidiese á M. de Saint-Simón otro de la misma orden para el joven rey.

Saint-Simón no quiso obligarse á nada, y ofició al regente, quien delegó en Dubois.

Dicha proposición entraba en las miras del nuevo cardenal; ¿ y por qué? acaso por haber contraído alguna obligación con el jesuíta Laffiteau que medió en Roma, para que se nombrase á Inocencio XIII, y para conseguir el capelo á Dubois, acaso también porque este nombramiento afectara al cardenal de Noailles, al que no perdonaba el que se hubiese negado á consagrarlo, y trataba de alejarle lo propio que á los demás individuos principales del consejo de regencia; porque la tendencia de Dubois era la de reconcentrar el poder en manos del regente, á fin de que, nombrándole éste primer ministro, pudiese, como sus antecesores, los cardenales Richelieu y Mazarino, manejar sin trabas las riendas de la Francia en medio de la política europea.

Se resolvió, pues, que se retirase M. de Fleury, proponiendo en su lugar al padre Linieres, que era el confesor de *Madama*.

Tres hubo que se opusieron á la proposición.

El cardenal de Noailles, el mariscal de Villeroy y el obispo de Frejus.

El primero, sin presentar á nadie, se limitaba á excluir á los jesuítas.

Villeroy indicaba tres sujetos.

El canciller de Nuestra Señora.

Benoit, cura párroco de San German, y M. Vanrouy, que acababa de renunciar el obispado de Perpiñán.

El obispo de Frejus propuso á dos.

A Paulet, prior del seminario de los niños huérfanos, ó á Champigny, tesorero de la Santa Capilla.

El favor de Dubois consiguió que se eligiese al padre Linieres, y la dirección de la conciencia del rey de Francia quedó de nuevo en manos de los jesuítas.

Se da por supuesto que MM. de Frejus, de Villeroy y de Noailles se resintieron profundamente por el poco caso que se hizo de sus indicaciones.

El regente no estaba en buena armonía con el parlamento.

Era preciso malquistarle también con el consejo de regencia.

Sabemos que los demás consejos habían quedado suprimidos.

Desde entonces, se conocieron las tendencias de Dubois, y no quedó oculto que, fuese por convicción ó por indiferencia, el duque de Orleáns fomentaba su ambición.

Mas esto no bastaba, el mariscal de Villeroy y el duque de Noailles se enfurruñaban, es verdad, pero se mantenían firmes, y Dubois discurrió otro medio para conseguir su objeto.

Desde que le nombraron cardenal, no asistió más al consejo, á causa de que sus precedentes y lo humilde de su nacimiento era un óbice para ocupar el lugar preferente, al que, no obstante, tenía derecho, y pensó en hacer que entrase el cardenal de Rohán, para introducirse él en seguida.

Nos acordamos que el cardenal de Rohán era el mismo que, cuando la muerte de Clemente XI y la

elección de Conti, marchó á Roma con crédito ilimitado.

Éste, á quien Dubois había prometido un ministerio, y que vió que, entrando en el consejo, tenía una senda abierta á su ambición, no deseó otra cosa más que secundar los deseos de Dubois, en lo que por otra parte, su corta penetración no alcanzaba á ver más que un honor personal debido á su mérito.

Sucedió lo que Dubois había previsto.

No bien se presentaron en el consejo, cuando el canciller y los duques se retiraron al momento, y en cuanto al mariscal de Villeroy se separó de la mesa, y fué á sentarse en un taburete detrás del rey.

Á dicha salida, Aguesseau, hombre tan meticuloso en materia de lugar preferente, dejó los sellos.

Armenonville los recuperó, é hizo que se diera á su hijo Fleurieu la secretaría de Estado.

Otro resorte que nodejaba de ser eficaz, y que Dubois puso en juego, fué la traslación del rey á Versalles.

En París, en el centro de aquella capital, tenía el rey una corte que se componía de todos los grandes señores, que se hallaban establecidos allí; pero en Versalles, sin excesivos gastos, no podían los cortesanos ser tan asiduos, y, por consecuencia, el rey había de quedar poco á poco más aislado.

Estableciose definitivamente en Versalles, y no volvió á París sino raras veces, ya de vuelta de una campaña ó para ocupar el solio.

Dubois entonces comenzó á solicitar del regente que le nombrase primer ministro.

Á tal proposición hubo de contentarle, dándole la superintendencia de correos, de cuyo destino privó á M. de Torcy.

Dubois, por supuesto, tomó este destino mientras

conseguía su objeto: por otra parte, en el conflicto que se experimentaba por la lucha entre el poder y el amor propio, los negocios se descuidaban, todos reclamaban al regente, éste á Dubois, quien respondía siempre á tales reclamaciones:

— Monseñor, es imposible que la máquina vaya bien gobernada mientras no dirija todos sus resortes una mano sola. Las mismas repúblicas no subsistirían por espacio de tres meses, si todos los deseos particulares no se reuniesen formando una voluntad, única y eficaz. Así, pues, es indispensable que el punto donde se concentren sea ó vos ó yo, ó más bien en ambos, en atención á que siendo hechura vuestra nunca podré hacer más que lo que gustéis. Con que ó me nombráis primer ministro, ó vuestra regencia sucumbirá menospreciada.

— ¿ Pero no te he entregado todo el poder? respondió el regente.

— No.

— ¿ Qué te falta para poder obrar ?

— Un título, monseñor, el nombre da la autoridad de ministro, sin él se burlan del hombre. ¿ Lo tiene ? es obedecido sin murmurar. El título es la consagración del poder : éste sin aquél es una verdadera usurpación.

Mas á todas estas polémicas, llevadas más allá de lo que quería terminaba el duque de Orleáns contestando con algún epigrama en contra del cardenal, ó bien cantando cualquier villancico hecho contra sí propio.

Entonces resolvió Dubois valerse de otra persona que hiciera valer con el regente lo que él le decía inútilmente, esperando que su elogio, saliendo de una boca extraña, influiría más con el príncipe.

Puso á este fin los ojos en su confidente Laffitteau, á quien hizo obispo de Sisteron, en recompensa de su trabajo, y que acababa de llegar de Roma.

Era Laffitteau un bribón rematado, tan mal sacerdote como Dubois, (que no era poco decir), descarado, libertino, escandaloso en sumo grado, pero de ahí dimanaba la confianza que en él tenía; porque como solamente Dubois era quien podía sostenerle, claro es que Laffitteau había de hacer cuanto pudiese para engrandecer la suerte de aquél.

Laffitteau iba á tener una audiencia particular con el regente.

En dicha audiencia era necesario que se extendiera sobre la consideración que Dubois gozaba en Roma, hablando algo acerca de lo que mejoraría la Francia si aquél fuese ministro.

Pero á las primeras palabras que arriesgó en esta materia el obispo de Sisteron, le interrumpió el regente:

— ¡ Eh ! ¿ Qué diablos quiere el cardenal? exclamó, goza de toda la autoridad de un primer ministro y aun no está contento, quiere el título, ¿ y qué conseguirá con él ?

— Monseñor, lo disfrutará.

— ¿ Por cuánto tiempo ? Chirac, que lo ha visitado, lo encontró corrupto, y me ha dicho que no le quedaban seis meses de vida.

— ¿ Será eso verdad ? preguntó Laffitteau.

— ¡ Por Dios !... y si lo dudas yo haré que lo oigas por boca del mismo Chirac.

— Eh, monseñor, pues siendo así, os aconsejo que le declaréis primer ministro en el instante.

— ¿ Y por qué eso ?

— Sin duda alguna. Mirad, monseñor, se acerca la mayoría del rey, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Vos conservaréis sin duda toda su confianza.

— Lo espero así.

— Que será debida á vuestros servicios, á vuestro superior talento, me hago cargo de esto, pero no tendréis autoridad propia. Un gran príncipe como vos tiene siempre enemigos y émulos, buscarán los medios de desviaros del rey; los que más le rodean no son vuestros mejores amigos ; no podéis al fin de vuestra regencia ser primer ministro, pues no hay ejemplar de eso. ¡ Pues bien ! haced ese ejemplar en otro. El cardenal Dubois lo será, como lo fueron los cardenales Richelieu y Mazarino ; cuando él muera, heredaréis un título que vos no habréis creado, y al que el público se habrá ya acostumbrado, dando á entender que lo aceptáis por pura modestia, y por cariño al rey, abrazando de este modo, y al mismo tiempo, toda la realidad del poder.

El duque de Orleáns reflexionó, vió que era bueno el consejo del jesuíta, y nombró á Dubois primer ministro.

Á la noche había cena en el Palacio Real, como era natural se habló del nombramiento de Dubois, y el duque de Orleáns naturalmente también defendía á su antiguo catedrático, diciendo que se podía sacar todo el partido de un hombre dotado de tamaña capacidad.

— Monseñor, dijo Nocé, lo habéis hecho secretario de Estado, embajador, arzobispo, cardenal, primer ministro, pero yo apuesto con vos, á que no le hacéis hombre de bien.

Al día siguiente salió desterrado Nocé.

Se ha visto (y nosotros también hemos procurado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

fijar la atención de nuestros lectores), que hacía más de un año que toda la política interior del regente tenía por objeto la concentración de los poderes, rompiendo por todos los obstáculos públicos y particulares. Los consejos, que hicieron la oposición, quedaron disueltos. La hizo el parlamento, confináronle á Pontoise. Hízola M. de Argensón, cayó en desgracia.

Nocé que también la hizo, tuvo que dejar á París.

Quedaba el mariscal de Villeroy, que no solamente hacía la oposición, mas también con insolencia.

Dubois, antes de tomar contra él medidas violentas, intentó atraerlo á su partido.

La misma humildad de que había hecho uso con el rey, con *Madame* y con los príncipes, tentó á ensayarla con el mariscal, pero era éste tan sumamente orgulloso, que lo que bastó para con las primeras personas del Estado no fué suficiente para él.

Cuanta más sumisión observaba el cardenal, más altanero se mostraba el mariscal.

Dubois se dirigió al cardenal de Bissy, amigo de aquél, suplicándole que fuese su mediador para con M. de Villeroy, puesto que deseaba quedar en buenas relaciones con él.

M. de Bissy, que había visto que su cofrade, el cardenal de Rohán, debió su entrada en el consejo á un favor que hizo á Dubois, no deseó más que congraciarse con él, esperando entrar por la misma puerta que M. de Rohán, y al punto se encargó del negocio.

Á M. de Bissy no le costó trabajo persuadir al mariscal, que la consideración que le manifestaba Dubois era verdadera.

Lo que M. de Villeroy extrañaba en todos los que le rodeaban, no era el que le admirasen, sino el que dejasen de admirarlo. Por lo que respecta á la sumisión

de Dubois, nada tenía de particular, al parecer del mariscal de Villeroy, pues que un compañero tan pequeño debía humillarse ante los grandes señores.

Fijados por éste sin contradicción dichos dos puntos, le dispusieron á que acogiese el tercero, esto es que admitiera una reconciliación.

El mariscal manifestó que estaba pronto á sacrificar sus antipatías personales al bien del Estado, permitiendo á Bissy que mediase para hacer la paz con el primer ministro.

Corrió éste á dar cuenta á Dubois de su comisión, y volvió al instante encargado por aquél de preguntar á M. de Villeroy, qué día y á qué hora podría ofrecerle sus respetuosos homenajes.

Sea que el mariscal tuviese reparo en recibir en su casa á Dubois, ó que quisiera mostrarse siempre galante, contestó que le esperase.

Bissy dió á entender á Dubois que haría todo lo posible para llevarle al mariscal al siguiente día, en el que había recibimiento de embajadores.

Dubois, en el colmo de su alegría, se deshizo en promesas á Bissy, si le hacía semejante servicio.

Este trabajó para conseguirlo, y lo logró en efecto.

Al día siguiente, en el momento en que Dubois daba audiencia al embajador de Rusia, y el salón que precedía al despacho estaba lleno de ministros extranjeros y de los personajes más importantes de la diplomacia, anunciaron:

— El mariscal de Villeroy.

No era de costumbre interrumpir las audiencias por nadie, sin distinción de personas. Sin embargo, los lacayos, que tenían la orden, querían pasar recado en el instante al primer ministro; pero el mariscal se opuso, y aguardó en el salón con todos los demás.

Al tiempo de despedir al embajador de Rusia, vió Dubois al mariscal; olvidándose entonces del resto del mundo se lanzó hacia él, doblándose como ante una majestad, y llevándoselo respetuosamente hasta su despacho.

Allí se deshizo en cumplidos por el honor que le hacía.

El mariscal no hizo caso de semejantes demostraciones, escuchando todas sus protestas con cara arrogante, y respondiendo con signos de labios y ojos y con movimientos de cabeza. Después de lo que tranquilizado Dubois, le dió el mariscal, con aquel tono que le era familiar, algunos consejos, y dejándose en seguida arrebatar de su elocuencia, pasó de los consejos á las amonestaciones y de éstas á las injurias.

Dubois estaba como la serpiente, quería bajarse pero no dejarse pisar. Al primer contacto del pie que se aprovechaba de su humillación, intentando aplastarlo, se irguió. El cardenal de Bissy conoció adónde iban á parar las cosas, y quiso mediar, pero era ya tarde, la cólera se había apoderado del mariscal y se le subía á la cabeza.

Golpeaba con los pies, alzaba la cabeza, en fin piafaba (como dice Saint-Simón); Dubois, por el contrario, palidecía, se reconcentraba dentro de sí mismo, como para arrojarse después. Al cabo de un instante, atolondrado por el ruido de sus propias palabras, no sabía ya el mariscal lo que decía, amenazaba á Dubois; por último, se puso furioso, hasta que llegó á decirle:

— Sí, señor, así ha de ser, es preciso que caiga uno de los dos, y si queréis tomar mi consejo, hacedme prender.

El cardenal de Bissy notó que chispeaban los ojos de Dubois, y comprendió que perdería toda su influencia personal, si dejaba que aquello pasara más adelante, y asiendo del brazo al mariscal, lo sacó de allí á la fuerza.

Pero no era hombre aquél que saliera como cualquiera otro, sino que continuó haciendo burla, injuriando y amenazando á Dubois, conforme iba retirándose. Se suspendió la audiencia, y furioso, sofocado y temblando de rabia, corrió Dubois á casa del regente.

Seguía éste el consejo del mariscal, iba á pedir al regente que mandara prender á M. de Villeroy.

El regente no tenía ningún empeño en sostenerlo, antes bien, era uno de sus más encarnizados calumniadores.

Cada vez que el rey tenía una indisposición, se oía vibrar la voz del mariscal que decía: Veneno. Mas como lo halló con sangre fría, rogó á Dubois que se tranquilizase, añadiéndole que, para evitar que las enemistades que había adquirido no le acabaran de echar á pique, alentadas por el arresto de un hombre como el mariscal, quería tomarlo por su cuenta, y que dicho arresto se verificaría, cosa que no podía tardar, al primer insulto personal que aquél le hiciese.

Á todo evento, enviaron á buscar á M. de Saint-Simón, para disponer (como lo dice él propio,) la trampa en que se cogiese á Villeroy.

Del mismo parecer del regente fué Saint-Simón, pensando que, con la insolencia marcada del mariscal, no tardaría en proporcionar á S. A. una buena y completa oportunidad.

El duque, que asistió á la conferencia, opinó de la propia manera que Saint-Simón, pero propuso el que no se dejase á la casualidad, sino que se preparara el lazo.

Quien lo halló fué M. de Saint-Simón.

En el inmediato consejo, el duque de Orléans hablaría en voz baja al rey, y si el mariscal, según tenía de costumbre, iba á meter la oreja entre los dos, había de llevarse al rey el duque de Orleáns á su gabinete; entonces, sin duda alguna, Villeroy querría seguirle, el regente se lo prohibiría, se dejaría llevar probablemente aquél de algún arranque de su genialidad, del que S. A. se aprovecharía, debiendo estar todo preparado para el arresto del mariscal.

Sucedió conforme lo había previsto M. de Saint-Simón. El mariscal quiso escuchar lo que el regente decía al rey, y quiso ir detrás de él al gabinete; entonces el regente le dijo resueltamente, que tenía que hablar en particular al rey y que había de estar solo con él; á lo que el mariscal, mostrando cada vez más su altivez, respondió que S. M. no podía ni debía tener secretos para con su ayo; pero al oir el regente esta observación, le dijo:

— Señor mariscal, os olvidáis de quien sois, no conocéis la fuerza de vuestras expresiones. y si no fuera porque está presente el rey, os trataría como merecéis.

Y dichas estas palabras, S. A. hizo una profunda cortesía al rey, y salió.

El mariscal se apresuró á ir detrás del regente con el fin de disculparse; pero éste, con una señal, le dió á entender que no aceptaba excusa alguna.

El mariscal pasó aquel día muy ufano, diciendo que había cumplido con su obligación; pero que, no obstante, como la rectitud de su conciencia, hubiera acaso llevado más alla de lo que debiera sus expresiones, se presentaría al día siguiente en casa del regente para explicarse con él.

Efectivamente, al siguiente día, con aquella altanería que le era característica, atravesó por en medio de la corte, y se presentó en la habitación del duque: según costumbre, la gente le abrió paso, y como no viese alteración alguna en los honores que le dispensaban, preguntó en voz alta:

— ¿Adónde está el duque de Orleáns?

— Está trabajando, señor mariscal, respondió el ujier que se hallaba de servicio.

— Es preciso que yo le vea, dijo el duque, que pasen recado.

Y, al mismo tiempo, M. de Villeroy se dirigió hacia la puerta, no dudando que se la abririan al momento. Abrióse en efecto, pero era La Fare, capitán de guardias del regente, el que salió, y yéndose derecho al mariscal le pidió su espada.

Acto continuo le presentó Leblanc la orden para prenderlo, firmada por el rey, mientras que el conde de Artagnán, capitán de los mosqueteros, mandaba acercar una silla que estaba preparada al efecto.

En un abrir y cerrar de ojos, metieron al mariscal en la silla, la volvieron á cerrar después, llevándosela por una puerta falsa que daba al jardín.

Al pie de la escalera de los naranjos, un coche, escoltado por veinte mosqueteros, aguardaba al mariscal para conducirlo á Villeroy, lugar de su destierro, que distaba diez leguas de Versalles.

Faltaba que enterar al rey de lo acaecido.

El rey, lo propio que todos los niños mimados, quería á cuantos le adulaban; es así que ninguno le adulaba tanto como M. de Villeroy, luego quería mucho al mariscal.

Así es que, á la primera noticia que tuvo de su ausencia, sin querer escuchar ninguna de las razones que habían motivado su prisión, se echó á llorar el rey,

el regente trató de consolarlo, pero viendo que no le respondía á todo cuanto le dijo, saludó al joven príncipe y se retiró.

El rey estuvo triste lo restante del día, pero al siguiente se afectó mucho, cuando echando de menos al obispo de Frejus, y preguntando donde había ido, le contestaron que no estaba ya en Versalles, y que se ignoraba su paradero.

Además corrieron voces de que el mariscal y el obispo habían convenido en que, si desterraban á uno, se desterrase voluntariamente el otro.

Villeroy llegó á persuadir tanto al rey de que estaba rodeado de enemigos y envenenadores, y que, si vivía, era por los asiduos cuidados de su ayo y de su preceptor, que cuando se vió separado de ambos á un tiempo, llegó á un estado de verdadero abatimiento.

El regente no previó este golpe, y estaba en una mortal confusión.

Dubois creyó, sin tener antecedente alguno, que el obispo había ido á la Trapa, y por esta mera sospecha, trataban de enviar un correo, cuando supieron que M. Frejus no hizo más que retirarse á Baville en casa del presidente de Lamoignon.

Tan luego como supo el regente á qué atenerse, acerca del retiro de aquél, corrió á decir al rey que su preceptor se hallaría de regreso en aquel mismo día, lo que consoló algo al joven príncipe. El correo, ya á caballo para ir á la Trapa, marchó á Baville, y conforme ofreció el regente al rey, regresó el día mismo.

M. de Frejus quedó libre de su juramento. Efectivamente, su destierro, y en el propio día que el de M. de Villeroy, fué espontáneo; pero no fué culpa suya el que el rey lo mandara volver, porque siendo la obe-

diencia la primera obligación de un vasallo, obedeció M. de Frejus.

Desde entonces conoció el regente que el obispo era una verdadera potencia. Le contó detenidamente el motivo por qué se había visto precisado á llegar á aquel extremo con M. Villeroy, y consiguió que lo aprobase. En realidad, M. de Frejus estaba muy satisfecho de verse libre de un hombre de quien más de una vez tuvo que sufrir la jactancia y el orgullo.

Resultó que él en persona presentó y recomendó al rey al duque de Charost, á quien el regente confirió el lugar del mariscal.

En cuanto á este último, como consideraron muy cerca de Versalles el dominio de Villeroy, trasladaron el destierro á Lyon.

Dubois se vió, no solo primer ministro, sino también desembarazado de sus dos enemigos más temibles, Nocé y Villeroy.

Mas no pudo verse libre de que le compusieran epigramas que llovían sobre él como granizo. Por muestra ponemos el siguiente :

Yo no encuentro tan extraño
Se haga un ministro del reino,
O un prelado de importancia
De un galopín ó un tercero.
Nada me causa sorpresa,
Pues igualmente se explica
Que hiciera un cónsul en Roma
De su caballo Calígula.

La academia aprovechó las circunstancias, nombrando académico á Dubois.

Por entonces fué cuando uno de los hombres que más

daño hizo á la Francia en el anterior reinado, falleció en Windsor.

Nos referimos á Juan Churchill, duque de Marlborough. Nos vengó de él una canción, ridiculizando un nombre terrible.

Llegó la época fijada para la consagración del rey, y se verificó la ceremonia el 25 de octubre.

Los seis pares de Francia no togados fueron representados por seis príncipes de sangre real, lo que nunca había sucedido; el duque de Orleáns representó al de Borgoña; el de Chartres ocupó el lugar del de Normandía; el de Borbón reemplezó al de Aquitania; el conde de Charolais al de Tolosa; el de Clermont al de Flandes; y el príncipe de Conti al conde de Champaña.

El mariscal de Villars representó al condestable de Francia, y el príncipe de Rohán al gran maestre de la casa real.

Al colocar la corona en las sienes del rey, en vez de dejársela puesta, se la quitó y la puso en el altar. Le advirtieron que no era eso propio del ceremonial de la consagración; pero el príncipe respondió que prefería faltar al ceremonial y regalársela al que se la había dado.

Al regresar de Reims, se detuvo algún tiempo en Villers-Coterets, en donde el duque de Orleáns le obsequió con magníficas funciones; allí hizo parada en Chantilly, en casa del duque de Borbón, que gastó para recibirlo un millón de francos.

Así es que al ver Canillac aquel lujo, decía:

« Bien se conoce que el río Missisipi, ha pasado por aquí. »

Durante el tiempo que el rey estuvo en Villers-Coterets y en Chantilly, fué cuando principió á tener afición á la caza, que llegó á ser después una pasión en él.

Á su regreso á Paris, el duque de Orleáns dispuso que saliese para España, acompañado de la duquesa de Duras y del caballero de Orleáns, su hija Mlle. de Beaujolais, cuyo contrato matrimonial con el infante don Carlos se firmó el 26 de noviembre.

Dicho casamiento no se verificó al fin.

Ocho días después de haber firmado el contrato, murió la princesa Palatina, madre del regente.

Madame, que siempre había disfrutado de muy buena salud, no solamente no se hallaba buena algún tiempo hacía, sino que abrigaba un presentimiento de su próximo fin. Hemos indicado que amaba mucho al duque y á la duquesa de Lorena, que estaban rayanos á Alemania y deseaba muy de veras ver á sus hijos que no conocía. Había de encontrarlos en la consagración y cerca del rey; y así se resolvió á tomarle algunos días de delantera, con el fin de permanecer más tiempo al lado de Mad de Lorena. Pero al tiempo de marchar, se sintió tan indispuesta, que no se atrevió á llevar á cabo su marcha sin consultarlo antes con la mariscala de Clerambault, amiga suya, que se tenía por algo hechicera y había conseguido persuadir á *Madame* que efectivamente lo era.

Este hechizo consistía en hacer, con el auxilio de una baraja, lo que la mariscala llamaba los puntos bajos; gracias á estos, leía en el porvenir lo mismo que en su libro de misa.

Mad. de Clerambault había observado en uno de aquellos puntos que moriría antes que *Madame;* de manera que al consultarla ésta, la respondió:

— Id con toda confianza, yo estoy buena.

Con dicha seguridad, tranquilizada del todo *Madame*, emprendió su viaje á Reims.

En efecto, todo la salió bien hasta su vuelta, pero algunos días después, esto es el 27 de noviembre, murió Mad. de Clerambault.

Conoció *Madame* el aviso, y se preparó á su vez, á morir. Efectivamente, al día siguiente del fallecimiento de su amiga, se le declaró la hidropesía.

El antiguo obispo de Langres, hermano de la mariscada de Clerambault, fué al instante á verla. Así que *Madame* lo vió:

— ¡Eh! monseñor, le dijo; mirad qué mala partida hacemos la mariscala y yo.

Recibió todos los sacramentos, y murió en Saint-Cloud el 8 de diciembre á las cuatro de la mañana, dejando dispuesto que la enterrasen sin pompa alguna, y prohibiendo que la hicieran la autopsia.

El duque de Orleáns no se separó de ella todo el tiempo que duró la enfermedad. En el espacio de dos años, vió desaparecer lo que más amaba en el mundo; su hija y su madre.

Tanto en una como en otra circunstancia, lo vió el duque de Saint-Simon en un estado de desesperación.

Se cerraron los teatros por el término de ocho días, y el luto duró cuatro meses.

Muy pocos sucesos de la importancia de éste se verificaban sin que se ejercitase el numen de los epigramistas.

Compusieron este epitafio á la difunta:

Aquí yace la ociosidad

Dice un antiguo refrán: Acordémonos que la ociosidad es madre de todos los vicios.

El famoso terremoto de Portugal, que dió materia al maestro Andrés para una tragedia, fué el último acontecimiento del año 1722.

CAPÍTULO XVI.

Mayoría del rey. — Mad. de Prie. — Mad. de Pleneuf. — M. de Prie, embajador en Turín. — Regreso. — Relaciones del duque y Mad. de Prie. — Desgracia de Leblanc y de M. de Belle-Isle. — Enfermedad de Dubois. — Pasa una revista. — Operación. — Muerte de Dubois. — Bienes de fortuna del mismo. — Su hermano, heredero. — Anédoctas. — Muerte del regente. — La suerte de éste se la habían pronosticado. — Mad. de Sery. — Sesión de hidromancia. — La corona que no es la ducal, ni la de Francia, ni la de España, ni la de Inglaterra. — Conclusión.

El año de 1723 principió en cierto modo con la mayoría del rey. El 16 de febrero, entró Luis XV en los catorce años.

En la mañana de aquel día, al levantarse el rey estaba ya allí el duque de Orleáns para tributarle los homenajes debidos, pidiéndole sus órdenes para el gobierno del Estado.

El 22 del mismo febrero, el rey reunió el parlamento, en donde declaró su mayoría, anunciando que según las leyes del reino, quería desde allí en adelante gobernar la Francia; volviéndose en seguida al duque de Orleáns, le dió las gracias S. M. por los cuidados que había tenido en los negocios del Estado, rogándole que los continuase, y confirmó en las funciones de primer ministro al cardenal Dubois.